

## LA QUINTRALA DE CHILE SOCIEDAD COLONIAL, IMAGINACION COLECTIVA Y MUJERES EXTRAORDINARIAS

LUIS MIGUEL GLAVE

### INTRODUCCIÓN<sup>1</sup>

PERMÍTASEME INICIAR estas páginas con un testimonio personal, en mucho responsable de ellas y también de su argumentación interpretativa. Dos viejos libros rondaron mi curiosidad durante muchos años. Tal vez fueron los primeros que vi en una biblioteca. Hasta que poco a poco esta se convirtió en la mía. Ambos tenían dibujada, de distinta manera, a una mujer en la cubierta de la tapa y parecían novelas, de las que mi madre acostumbraba a leer con fruición y conservaba con sobrio cariño. Hube de limpiar la biblioteca cuando se fue haciendo mía. No sin (ahora conocidos) lamentables errores, me deshice de lo que por entonces consideraba superfluo, de manera que fuera reemplazado por lo central y lo correcto. Esos libros de dibujos casi infantiles en la cubierta, invocando a una mujer de novela, entre mágica, cruel y de elegancia sensual, eran seguros candidatos a la eliminación inquisitorial de una arrogante ignorancia inaugural.<sup>2</sup> Pero nunca me pude deshacer de ellos. Eran libros acerca de un mismo personaje de nombre llamativo e intrigante. Uno de ellos, firmado por un hombre de apellido igualmente sonoro, Vicuña Mackenna, de quien un escolar limeño debía haber escuchado algo en alguna clase de historia respecto a la guerra con Chile. No los eché y los fui conservando con mayor aprecio, aunque nunca los leía más allá de la cubierta y alguna seña indicial. Se trocaron de candidatos al deshecho en tesoros prometidos para alguna vez...

---

1 Este trabajo fue posible gracias a una beca concebida por la John Simon Guggenheim Memorial Foundation. Quiero expresar mi agradecimiento por tan valioso apoyo a mis investigaciones sobre historia colonial andina.

2 Se trataba de los de: Benjamín Vicuña Mackenna, *Los Lisperguer y la Quintrala*, edición crítica de Jaime Eyzaguirre, Santiago, Zig Zag, 1744, 10 edición 1877, p. 346 y Raúl Montenegro Lillo, *La Quintrala*, Buenos Aires, Editorial Central, 1955, p.188.

Mucho tiempo después, en mis estudios acerca de la historia social, de la Colonia, me fui percatando del carácter literario de muchos de los documentos que con esmero por años fui recopilando, como solemnes testimonios de la verdad que me enseñaron a buscar. Más que desecharlos como puede haber hecho con aquellos libros de mi madre, mi curiosidad me llevó por derroteros inesperados de la investigación. ¿Por qué no leerlos con la misma seriedad con la que encaramos los “datos”, pero con la libertad de saberlos también parte de las ficciones tan reales como los personajes que los engendraron, y que son, a fin de cuenta, los que queremos conocer?

Así fue como llegué a una historia de novela. La de Juan Recio de León: militar, aventurero, funcionario, procurador de indios y benemérito de las conquistas —ya sólo imaginarias— del siglo XVII. Era testigo de las dificultades y del proceso que se encaró a propósito del poblamiento, el trabajo y la política indiana del primer cuarto de aquel siglo. Terminó siendo un arbitrista y, por lo tanto, a la vez, un teórico y un literato del siglo XVII. Su discurso literario era entonces tanto documento de la historia económica como muestra de las fantasías y las aventuras de aquéllos que vieron un mundo en transformación.<sup>3</sup>

Al poco, cayeron en mis manos referencias de un personaje desquiciante, Catalina de Erauso, la Monja Alférez. Mujer que “en hábito de varón”, recorrió en fantásticas aventuras gran parte de América. Para probar que sin sus contemporáneos lo supieran, ella había sido un “él” más intrépido, varonil y fuerte que los “ellos”, pidió al Recio que testificara acerca de su participación en las hazañas que éste había capitaneado. Confirmados sus méritos, recibió un reconocimiento por la propia corona española. No estaba, pues, ante ningún evento, seres de carne y hueso contaron cosas que con serenidad no pueden ser calificadas sino de inverosímiles.<sup>4</sup>

A entender la relación entre lo real y lo imaginario, entre lo histórico y lo literario, entre las formas de lo cultural y sus proyecciones en los imaginarios, decidí dedicar algunos esfuerzos de investigación. Pero, ¿por qué la fama acompañaba a esa mujer transgresora que fue la Monja alférez? ¿Era el único caso femenino de transgresión?

---

3 Víctor M. Maúrtua, *Juicio de límites entre Perú y Bolivia. Prueba peruana*, Barcelona, Imprenta de Henrich y Comp., 1906, tomo VI: “Gobierno de Alvarez Maldonado y Laegui Urquiza”. Las referencias que usamos son de las pp. 263-271, la Relación de los servicios de Recio que formó el Consejo de Indias.

4 Ahora todo esto se puede tener Ba la mano en un solo volumenB en una pulcra edición. Ver Rima de Vallbona, *Vida i sucesos de la Monja Alférez*, autobiografía atribuida a doña Catalina de Arauso, edición, introducción y notas de..., Tempe, Arizona, Center for Latin American Studies, Arizona State University, 1992, p. 236.

Mi búsqueda me llevó a pensar en un modelo de interpretación. Mujeres que —para decirlo de manera simplemente redundante— “existieron realmente”, se convirtieron en íconos, símbolos, de unos imaginarios que terminaron encanando en historias nacionales. Figuras históricas devenidas en personajes literarios, cuyos atributos, exagerados o presentados de manera que parecieran distorsiones, las convirtieron en perversa admiradas.<sup>5</sup>

Al leer tantas afirmaciones elocuentes sobre la fantástica manera en que una mujer desafió todos los patrones de comportamiento en el siglo XVII, recordaba las distintas maneras en las que el discurso misógino —de distintos grados y formas— traído desde ultramar y asumido en América, había presentado a las mujeres con poderes ocultos, peligrosas desviaciones y comprobadas incapacidades. Hechiceras, místicas, pero embusteras, las que a fin de cuentas seguían con la manzana demonio, persiguiendo la “inocencia” masculina. De ese tipo de afirmaciones estaba llena la literatura colonial, y la que la continuaba.<sup>6</sup> Una travesti era una figura todavía más abierta y altisonante. Como ella, otras exhibieron sus pecados y peligros, con gran y notorio escándalo de las plumas masculinas que contribuyeron a perpetuarlas en la memoria.

Tenía en el repertorio figuras diversas, que siguieron a la Monja Alférez.<sup>7</sup> Casquivanas como Inés de Hinojosa en Tunja, endemoniadas como María del Prado o María Centeno<sup>8</sup> —la minera del imaginario popular— en Antioquía, místicas entre la herejía y la santidad como Luisa Melgarejo y Mariana de Jesús. Fue entonces que recordé aquellos viejos libros. La Quintrala había pedido, desde tiempo, su legítimo derecho a encabezar un elenco de tal envergadura.

Sentados frente a un televisor, los miembros de una familia cualquiera en Chile veía a una mujer cabalgando en una verde pradera, casi del color de

---

5 En la vasta literatura que la figura de Catalina de Erauso ha generado, un texto tiene una interpretación que se emparenta con el programa que proponemos; ver de Stephanie Merrim, “Catalina de Erauso: From Anomaly to Icon”., en Javier Cevallos-Candau y otros (ed.), *Coded Encounters, Writing, Gender, and Ethnicity in Colonial Latin America*, Amherst, University of Massachusetts Press, 1994, pp. 177-205.

6 Eni de Mesquita Samara, “La mujer en la historiografía latinoamericana reciente”, en Jorge Núñez Sánchez (ed), *Historia de la mujer y la familia*, Quito, Editora Nacional, 1991, pp. 153-169.

7 Los primeros trabajos sobre este tema ya han sido publicados. Luis Miguel Glave, *Cinco mujeres y una historia y cultura*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1995, pp. 89-115; “Sociedad colonial, discurso literario e imaginario colectivo; Inés de Hinojosa y las mujeres extraordinarias”, en Moisés Lemlij y Luis Millones (eds.), *Historia, memoria y ficción*, Lima, Biblioteca Peruana de Psicoanálisis, 1996, pp. 320-335.

8 La referencia la he tomado de una interesante tesis de maestría que prepara Neyla Castillo Espitia.

los ojos de la estrella. Terminaba una serie de diez capítulos dedicada a la figura de la Quintrala. Acaba de morir en el capítulo final, pero los directores no terminaron con una escena crepuscular, sino con una lírica y evocadora. Víctima de su propio pacto demoníaco, anciana, purgando en vida sus pecados, Catalina de los Ríos, interpretada por la actriz Teresa Fricke, terminaba sus días arrepentida. Raquel Argandoña había hecho el personaje en los años mozos y adultos, en un juego de escenas explicativas (la Quintrala, afirmando que no era la única encomendera severa con los indios, el énfasis en el criollismo de la familia) y otro de tópicos que no se desprendían de una figura fundada por la historiografía nacional chilena del siglo XIX (ella echando la imagen del Señor de Mayo porque en su casa no había hombre que la pusiera mala cara, ceremonia diabólica haciendo pacto con Belcebú); todo, acompañado con tramas de novel (romance apasionado y contradictorio con Juan de Moya, inquina con Mercedes Mechado). La versión de televisión de Telmo Meléndez contó con la asesoría histórica de Armando de Ramón.

Algunos de los televidentes de la serie debían haber visto o escuchado acerca de una película proyectada tiempo atrás sobre el personaje. Según un cronista, el público la adoptó como suya, haciendo al personaje más popular.<sup>9</sup> Ya entonces circulaban varias novelas y una constante y creativa tradición oral, y vendrían más, junto con obra de teatro. Todas estas formas de representación tuvieron un éxito sólo explicable en la fuerza simbólica y popular del personaje.

Catalina de los Ríos y Lisperguer, la Quintrala (1603-1665), ha sido una figura siempre presente en la tradición, la historia y la literatura chilena. Su sobrenombre viene del diminutivo *catrala* que se daba las Catalinas, se la recuerda como una mujer cruel, poderosa, corrupta. Casi por compasión se la piensa enferma, única explicación de su sevicia. Fue acusada de envenenar a su padre, asesinar a un amante y a muchos indios e indias, del intento de asesinato de un vicario al que persiguió con un cuchillo, de corrupciones varias, de pasiones inconfesables, de abusos con los indios y los esclavos, pero, sobre todo, de bruja y demoníaca. Su figura enfermiza habría sido producto de un linaje corrupto, encuentro de sangres y de desviaciones síquicas, donde las mujeres representaron un papel crucial.

En el impacto permanente, que en sucesivas generaciones de chilenos ha tenido, la figura literaria tiene un origen histórico. Desde la historiografía, la fuente básica de las acusaciones sigue siendo un conjunto de cartas que es-

---

9 Joaquín Edwards Bello, *La Quintrala, Portales y algo más*, Santiago, Editorial Universitaria, 1969, p. 125.

cribiera un Obispo, Francisco de Salcedo y algún sucesor.<sup>10</sup> El recopilador, un presbítero, incluyó interesantes “resúmenes” de las cartas. En ellos, Catalina de los Ríos Lisperguer, alias la Quintrala, aparece como “feroz encomendera” actriz de “espeluznantes narraciones”. En una nota, añade, por ejemplo: “Este hecho viene a confirmarme más en la idea que las crueldades de la Quintrala eran efecto de una enfermedad, en que el tormento, ocasionado por ella a sus semejantes, le producía una íntima complacencia, principalmente en los casos en que los hechos tenían alguna razón de impúdicos”.

El obispo acusador, un español anticriollo, la denunció en 1633, destacando la corrupción reinante y el nepotismo de las autoridades del reino. El conflicto se inició con el nombramiento del Dr. Pedro Machado como fiscal de la Real Audiencia. Como muchos otros funcionarios de esta época, entabló relaciones con los vecinos más poderosos, a través del parentesco: su red se tejió casando a dos sobrinas suyas con Gaspar Tomás Calderón y con Juan Ludolfo Lisperguer, primo hermano de Catalina de los Ríos Lisperguer, la Quintrala. En mayo de 1633, el Obispo denunció que la Quintrala y su marido Alonso de Carbajal,<sup>11</sup> mandaron matar en sus estancias —“al parecer sin casa”— al vicario de la localidad. La zona era La Ligua, territorio dominado por la familia de Catalina y por ella en su momento, como un feudo medieval. El ejecutor del intento de homicidio fue un cura agustino, emparentado con la Quintrala, en compañía de un negro, un indio y un mestizo. Denunciado el caso no procedió, por el poder de Catalina. Nótese el elenco que Salcedo presenta en la escena: un fraile criollo de una orden acusada de vínculos con los criollos poderosos, y tres hombres de las razas marginales y subordinadas, los fantasmas de un togado chapetón.

En agosto del mismo año, el Obispo emprende feroz crítica al poder de los oidores criollos, aconchavados con los poderosos locales. Su discurso se remitía hasta la guerra de Arauco, una herida abierta que sangraba la economía local: los gobernadores no contaban con recursos, hasta que se creó el “situa-do” —fondos de la Real Hacienda que se enviaban para socorrer a los guerreros— solucionando las angustias económicas. Pero, creada la Real Audiencia, los oidores eran abusivos y excesivos para lo pequeño de la sociedad. Se engrandecían con casos de poca monta que no justificaban sus salarios. Compe-

---

10 Están recopiladas en Elías Lizama M., *Colección de documentos históricos. Recopilados del Archivo del Arzobispado de Santiago*, Santiago, Imprenta de San José, 1919, tomo I: “Carta de los Obispos al Rey”, p. 788.

11 A quien el recopilador de las cartas considera “casi indigno de ser tomado en cuenta en la responsabilidad de los actos de su mujer, que disponía de él de un instrumento ciego e inconsciente”. Por un lado, lo condena por ser dominado por la mujer y, por otro, lo exculpa de la primogenitura de los daños.

tían entre los oidores y el presidente de la Audiencia, formaban alianza para garantizar el nepotismo. No levaban a los mestizos y “vagamundos” para la guerra —como antes con los gobernadores— sino que amparaban hombres perversos gracias a los fondos reales. Mientras ellos procedían así, sus mujeres se adornaban con vestidos y joyas finísimas, la sensualidad cortesana distraía los recursos de los vecinos, que así terminaban endeudados. Los andamios de la sociedad criolla puesta a crítica.

En un momento, el obispo Salcedo se extrema y acusa a los frailes criollos de esconder traficantes que evadían impuestos y —consideraba— ello se debía a que esos comerciales eran vizcaínos, en un momento donde los bandos regionales (como se ha demostrado) representaban enfrentamientos entre los programas de los hispanos contra los criollos.

Ese discurso político acompañaba a la acusación personal de Catalina. Era claro que se trataba de un asunto público, ideológico y de poder, pero se traducía en un enfrentamiento con una persona, con la que más odio despertar, una mujer transgresora. Por eso, el obispo hacía un recuento de las causas criminales de las que fue sujeta la Quintrala: el asesinato del padre, de un amante, de varios indios, el intento de asesinato del vicario; todas atrocidades “heredadas de sus mayores pasados”.

Las piezas básicas de la novela de la Quintrala ya se encontraban presentes en el discurso del Obispo. En una carta posterior trazó una genealogía que se ha inmortalizado. El conquistador Valdivia llevó con él dos concubinas. Una de ellas, María de Encío, fue casada con un “fulano” Ríos, padre de Gonzalo de los Ríos, padre, a su vez, de la Quintrala. La Encío asesinó a su marido cuando dormía “dándole azogue por los oídos”. Gonzalo casó con Catalina Flores (la madre de la Quintrala), que era hija de Agueda Flores y a quienes todos tenía por “encantadora”, por un “duende” con el que hacían pacto alborotando a la ciudad. La madre de Catalina protagonizó otro caso de violencia asesina, cuando pretendió liquidar con veneno al gobernador Rivera (como veremos luego, se desarrolla en las tradiciones chilenas). Su crueldad se manifestó también en el asesinato del indio que le proporcionó las hierbas con las que intentó ultimar a Ribera.

Los crímenes de la Quintrala comenzaron con el envenenamiento de su propio padre. Siguió con el homicidio del caballero de Santiago, Enrique Henríquez de Guzmán, a quien llamó “para tener mal trato con él aquella noche” y luego mandó asesinar. Un negro se autoinculpó bajo promesa de exculpación que no se cumplió, terminando el esclavo en la horca. Era protegida del oidor limeño Blas de Torres Altamirano, su cuñado.

Un relato cargado de sabrosas descripciones, que tuvo sucesores entre los sacerdotes anticriollos que desempeñaron importantes cargos eclesiásticos

posteriormente. Un caso que estremeció la sociedad santiaguina. Su estela hubo de proyectarse hasta la actualidad, cargada de significados. Unos cuantos folios de estas cartas, pista de procesos, como tantísimos otros no explotados, permitieron a Benjamín Vicuña Mackenna, gran historiador novecentista, construir un discurso historiográfico, cargado de tintes novelescos. Un largo camino, de un tema muy complejo, que se encarna en un solo personaje: una mujer transgresora.

## HISTORIA Y CREACION DE IMAGINARIOS LOCALES

Santiago y la nueva sociedad chilena del siglo XVII fueron el territorio del confín y de la guerra, tanto en la historia como en la representación literaria que de ella se fue tejiendo. La historia de su fundación no podía tener otro signo.

Todavía esperanzado en conquistar algo maravilloso que lo resarciera de la envidia que le causaba la posición de su socio Pizarro, Almagro partió desde el Cusco para Chile en 1535. Lo acompañó Cristóbal Pablo (Paucahuari Inca, para dotarlo de guerreros y para neutralizar la posible resistencia de los naturales del sur. En 1536 ingresó por Copiapó, luego de atravesar la cordillera de los Andes. En la costa, encontró un navío que le había sido enviado desde el Callao, apurando “el camino del Inca” hasta Puangue y Melipilla, para ir hacia el Mapocho. La desventura del viaje fue grande. No halló nada sin resistencia y desde entonces se formó una nueva guerra civil en los Andes.

La segunda vez que entraron los españoles fue con Pedro de Valdivia, quien salió en enero de 1540 también desde el Cusco, pero viajando por los despoblados del sur del Perú hasta Copiapó. La travesía, resistida tenazmente por los naturales, duró un año hasta el Mapocho. Así, en un lapso de cien años, el Norte Chico y la región central de Chile, recibieron cuatro invasiones, dos incas y dos castellanas. La población fue varias veces trasladada, siendo así que las reducciones hispanas tenían un antecedente inca.

Valdivia supuso que Manco Inca Había comunicado a los indios que resistieran, para que los españoles se regresaran como ocurrió con el desdichado Almagro. Luego de negociaciones, sin embargo, los mismos indios ayudaron a la fundación de Santiago en 1541. La fundación estuvo seguida de cinco a ocho años de precariedad: conspiraciones, ajusticiamientos, ataque de los indios que destruyeron varias veces todo lo hecho, hambruna, hostigamiento permanente, temor. Los indios se replegaron, primero, dejando de producir, después, difundían rumores —amparados en el caos que causara el asesinato de Pizarro— que se desparramaban desde Atacama hasta el Mapocho.

En 1544 recién se consolidan y siempre sólo por la ayuda que llegaba

por mar, vía Valparaíso. Pero todavía en 1554 se produjo una gran rebelión general de los indios del sur, que se repitió en 1598. A los indios rebeldes se sumaba la furia de la naturaleza: inundaciones y terremotos. En oleadas sucesivas, esta sociedad se mantuvo en alerta permanente, formando una fuerte identidad regional en donde la ciudad de Santiago terminaba siendo el refugio de los perseguidos colonizadores, centro del poder y de la defensa contra las acciones indias, porque, en la otra cara, era una “ciudad de paz”, apacible y reglada, admirada y querida por esta pujante y fuerte sociedad regional.<sup>12</sup>

El primer orden económico estuvo dado por las encomiendas y el oro. En oro fundido, por ejemplo, en una década (1567-1577) se produjo más de medio millón de pesos, para lo que era necesario movilizar mano de obra por el servicio personal que se estableció de facto para las encomiendas. También por la producción de granos y vid, junto a la ayuda externa desde Lima por la importancia de la zona.

Por ser ciudad de confín y región guerrera, era lugar donde llegaban soldados sueltos, gente muchas veces perdida, que generaba prácticas delincuenciales en la villa. También, acelerando la prostitución.

Mestizaje muy pronunciado, zona pasajera, alterada, recibía indios de diversas partes, movía población, que nacía mestiza. Gente, a la vez, muy móvil, que se sentía libre en las zonas rurales, ésa era la población mayoritaria, junto con la india, la pasajera y, sólo muy lentamente, la criolla, que surgió de algunas familias españolas afincadas y muy prolíferas. En 1570 había 166 solares repartidos en Santiago. Vásquez de Espinoza da: 306 hombres casados, 230 solteros, 302 frailes y monjas, todos de origen español. En esa misma época, por 1610, otra fuente calcula 1.717 españoles y criollos. Más 8.600 indios y trescientos negros. Un cálculo aproximado da mil habitantes españoles en la época heroica, pasando a dos mil a inicio del siglo XVIII. Los indios eran de diversas partes, por entonces en su mayoría estaban acriollados o eran “del lugar”, pero originarios de Arauco o del noroeste argentino.

Bernard Lavallé ha llevado adelante, en los Andes, un programa de investigación para descubrir la corriente criolla en la escritura del siglo XVII. Fruto de sus estudios, concluye brillantemente en la manifestación de un género, también andino, en las letras locales, el elogio de las ciudades capitales dentro de un esquema renacentista reinterpretado por las plumas criollas. Lima se convierte en una ciudad imaginada como escenario de un mesianismo criollo, una afirmación de identidad, que figurativamente adquiere la forma de estrella. Una revisión literaria de los escritos del siglo, en una suerte de mor-

---

12 Armando de Ramón, *Santiago de Chile (1541-1991) Historia de una sociedad urbana*. Madrid, Ed. Mapfre, colección de Ciudades de Iberoamérica, 1992, p. 342.



fología simbólica urbana, nos arroja ese resultado estelar.<sup>13</sup>

En Santiago, a mediados del siglo, también, el jesuita chileno Alonso de Ovalle se encarga de crear un espacio urbano de afirmación, su crónica, *Histórica relación del Reino de Chile*, se convierte en un venero de “Imágenes para un mito”.<sup>14</sup>

La primera audiencia de la Nueva Toledo se creó en 1563 en Concepción, pero luego de su extinción diez años después, sólo fue en 1606 que se restableció en Santiago. Por entonces, los problemas para subordinar a los mapuches impulsaban a crear instituciones fuertes y reducir a servidumbre a los indios de guerra —aunque a la vez se promulgaban las normas generales contra los servicios personales de los indios. En ese escenario de guerra es donde nació la figura de nuestro personaje. La Audiencia era un paso a favor de los intereses chilenos (y terreno de conflictos de poder local) y a ella llegó un presidente que había sido Capitán General, Luis Merlo de la Fuente. Su figura retrata el ambiente: hombre de leyes fue, sin embargo, un soldado feroz contra los indios. Impugnó las normas que prevenían los abusos contra los indios y llevó adelante medidas punitivas contra lo que consideraba actos criminales de los naturales.<sup>15</sup>

Conviene incluir, entonces, en la formación de un imaginario cultural: la vertiente india representada en la literatura criolla. El guerrero indomable con el que se luchaba y que fuera reducido en una nueva cultura a través de un mestizaje biológico y cultural, más por apropiación que por concesión. Junto a ese imaginario indio rebelde, los criollos crearon su sentir nacional también inspirado en su situación de confín. Ovalle culminaba su “retrato de vigoroso

---

13 En el siglo XVII, cuando por fin terminó la construcción de la muralla que la cercó hasta el siglo XIX, la ciudad adquirió su forma mimetizada con la imagen de una estrella que el cronista Francisco de Echave y Assu Beaballero de Santiago y corregidor del Cercado de Lima usó en la definición de su patriotismo limeño en: *La estrella de Lima convertida en sol sobre sus tres coronas el beato Toribio Alfonso Mogroveno su segundo Arzobispo*, Amberes, 1688. Grandeza de Lima, “mi patria” como la llamaría el místico padre Juan de Alloza en otra obra de canto criollo, *Cielo estrellado de mil y veinte y dos exemplos de María*, Madrid, 1655; otra crónica evocando las estrellas identificadas por los astrólogos, donde a través de la imagen mariana, se alababa la ciudad natal del autor.

14 Bernard Lavallé, *Las promesas ambiguas, criollismo colonial en los Andes*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1993, 224 pp. Tiene un capítulo dedicado a Ovalle, pp. 143-145, que es el que nos interesa para esta ubicación del discurso criollo en Chile.

15 Manuel Moreyra y Paz Soldán, *Estudios históricos*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1994, p. 546, tomo II. “Biografías de Oidores del siglo XVII, y otros estudios” y “Luis Merlo de la Fuente. Oidor de Lima, Gobernador y Capitán General de Chile”.

carácter de sus compatriotas” con expresiones del tipo: “Si quieren llevarlos por mal, muerden la manta y lo hacen peor...”. Pensemos entonces en la pertinaz del carácter guerrero y firme de Catalina de los Ríos, ¿no es la expresión del alma chilena retratada desde esa literatura auroral? Un “alma nacional” afincada en una fuerza a prueba de batallas, un país de guerreros donde no es dable siquiera pensar en la derrota.

Esto sería suficiente fundamento par apoyar la posibilidad de que la figura de la Quintrala fuera parte de esa creación de “imágenes para un mito”, en cuanto que contexto histórico, momento cultural en el que fluyen las representaciones imaginarias que se plasman en tradiciones persistentes. Pero Ovalle nos ofrece más todavía, en la lisonja de sus paisanos, señala cómo son “naturalmente más inclinados a la guerra que otros... en sonando la caja o trompeta se inquieten de manera que no paran hasta asentar plaza de soldados porque les agrada más la libertad de la milicia que la sujeción y disciplina de las escuelas. Son notablemente inclinados a andar a caballo ...”.<sup>16</sup> En reciprocidad de las condiciones del reino de Chile por entonces, ése era un resultado casi natural. Además, era, según Lavallé una manera de reclamar a los limeños o peruanos su escasa valentía. Finalmente, recordemos a la Quintrala montada a caballo como diestra amazona. La serie de televisión terminaba con la jineta recorriendo por varios minutos una pradera.

## TRAMANDO LA HISTORIA

Otras fueron las motivaciones de los escritores chilenos del siglo XIX (Amunátegui, Barros Arana, Vicuña Mackenna), en la era de la fundación de sus discursos nacionales, para entronizar a la Quintrala en el reino del siglo XVII. Francisco Encina, en 1938, pensaba que por odio a lo español —su afirmación nacional frente al tiempo que había que releer añadiríamos— o “falta de tino”, erigieron a Catalina como “símbolo del siglo XVI”. Afirmaba, en cambio, el historiador mencionado, que el de la Quintrala no fue sino un caso patológico, que interesaba a la historia por la curiosidad de su figura. Mientras que la sociedad chilena que la incubó habría sido, más bien, “la más moral de la América española”.<sup>17</sup>

Pero la imagen era muy fuerte como para ser detenida por la piadosa mirada de Encina. Eduardo Solar Correa (1891-1935) no pudo dejar de mencionar la “figura siniestra” de Catalina quien, por sus crímenes y sádicos amo-

---

16 Alonso de Ovalle, citado en Lavallé, *Las promesas...*, op. cit., p. 157.

17 Francisco A. Encina, *Historia de Chile, desde la prehistoria hasta 1891*, 40 edición, Santiago, Editorial Nascimento, 1955, p. 717, tomo IV.

res, fue la figura representativa de una época “sensual, devota, suntuosas y bárbara”.<sup>18</sup>

Benjamín Vicuña Mackenna fue el legítimo padre del personaje y su discurso dentro de un nuevo imaginario nacional. Su reconocida habilidad expositiva, que hacía dudar al lector respecto a la naturaleza de lo escrito, si ficción o historia, lo llevó a un lugar destacado en la fabricación de imágenes históricas. Sus historias tenían —como todas— muchas ficciones. Sin embargo, su arte ha de ser reconocido como de los mejores: un ejemplo de historiar. El libro sobre los Lisperguer era una intento por retratar una época, abriendo las puertas de un tiempo a través de las intimidades de unos personajes. En el Perú hubo un libro que pretendió lo mismo, sobre la misma época, el que Jorge Basadre dedicó al conde de Lemos. Vicuña Mackenna retrató a todos los miembros de la familia Lisperguer, incluidos los sucesores de la Quintrala (una de ellas, candidata a santa, vivió en Lima). Se basó en abundante material documental. Fue su obra acerca de la Quintrala una de las que más éxito le tuvieron.<sup>19</sup> Luego de su edición, el historiador publicó un artículo en 1884 titulado: “El último de los cuarenta asesinatos de doña Catalina de los Ríos”. Aquellos cuarenta crímenes fueron la mejor imagen lograda por Vicuña Mackenna respecto a una trama folletinesca (que entonces todavía se estilaba por entregas) de la historia. Por ese sonoro apéndice, por lo llamativo de la figura femenina transgresora, que fue hábilmente colocada en el centro de su discurso, la *lectura* de su libro cobró una vida independiente. Esa lectura, hecho por alumnos, sucesores y émulos, ha sido parte de la construcción de un discurso histórico que tiende a la leyenda, llevando intrínseca una sentencia.

Tanto como los discursos de la historia, los de la literatura, incluida por el fundador de un género, Ricardo Palma, tuvieron un papel importante en la fundación de la figura de Catalina. Basado en los clásicos de la historiografía, sobre todo Barros Arana, pero proclamando su carácter de “tradicionalista”, Aurelio Díaz Meza, puntualiza que en la Colonia fueron dos mujeres los símbolos de una época: Catalina de los Ríos y nada menos que Catalina Erauso, la Monja Alférez. Barros Arana fue justamente uno de los más devotos pergeñadores de improperios —a la vez que de encendida admiración— para la Erauso, llevando la tradición de la Monja Alférez a Chile. Junto a la mujer vestida de hombre, escandalizaba a los historiadores y motivaba al tradicionalista, la enfermiza y cruel Catalina de los Ríos, símbolo de una época que había que

18 Eduardo Solar Correa, *Las tres colonias. Ensayo de interpretación histórica*, Buenos Aires, Ed. Francisco de Aguirre, 1970, pp. 139, 43-45, 52. La primera edición data de 1943.

19 Vicuña Mackenna, *Los Lisperguer... op. cit.*

superar, fuente de aventuras cautivantes para devotos y numerosos lectores.<sup>20</sup>

*Los amores del gobernador don Alonso de Ribera*, de Aurelio Díaz Meza, se refiere al caso del intento de asesinato del Gobernador por parte de María y Catalina Flores Lisperguer, junto a su madre Agueda Flores, la descendiente de los caciques de Talagante. Lo que acuna la idea de una sucesión de brujas desde la era precolonial. Ello viene reafirmado en otra tradición, “Los brujos de Talagante”. No falta una tradición sobre “La Quintrala y el Señor de Mayo” y otras como “La tirana de la Ligua”. En cambio, Valdivia y el amancebamiento que tuvo con la que fuera abuela de la Quintrala, casada para ocultarlo con un adicto del conquistador, Gonzalo de los Ríos el primero, pudiendo ser tema de otra sabrosa pieza literaria, es un dato referido en libros eruditos de historiografía.

Las historias más generales y modernas no han dejado de incluir en su repertorio el asombro por el caso de la Quintrala. Así, por ejemplo, Jaime Eyzaguirre (discípulo de Vicuña Mackenna y “amplificador” de su discurso) escribe: “y aunque no pueda exhibirse como exponente típico del tiempo, por ser un simple caso patológico nacido de la obscura confluencia de taras hereditarias, hay que recordar aquí por su acción en la época a Catalina de los Ríos Lisperguer la Quintrala, que deja una estela lúgubre de asesinatos y actos de sadismo”. Menciona, entonces, el enfrentamiento con el obispo Francisco de Salcedo (1625-1634) y el cohecho que tuvo con los funcionarios por su posición de poder.<sup>21</sup>

Una temática igualmente escandalosa alimentó también la literatura historiográfica. Un caso, relacionado íntimamente con el de la Quintrala da una idea al respecto. A principios del siglo XVII un funcionario licencioso daba que hablar en la capital del norte. En Quito, el fiscal Blas de Torres Altamirano llevaba ilícitos amores con una mujer casada, que eran vigilados por sus enemigos, el Obispo y el presidente de la Audiencia. Tanto se difundió la especie de este entuerto amoroso que, con anuencia del propio Virrey, el presidente Ibarra desterró a la mujer de la ciudad. Pero al poco, ausente el Obispo y fallecido el Virrey, la adúltera retornó y continuaron las relaciones con desenvoltura, que llevó a enfrentamientos callejeros del segundo marido de la doña con el amante. El Presidente apresó a Torres y éste fue sentenciado dejando Quito al poco tiempo. Mucho poder tenía, por lo que debió suscitar los recelos

---

20 Aurelio Díaz Meza, *Leyendas y episodios chilenos*, Santiago, Soc. Imp. y Lit. Universo, 1930, p. 317, vol. VI: “En plena colonia”. La obra lleva prólogo de José Toribio Medina. Sobre la Monja Alférez, véase *Infra*.

21 Jaime Eyzaguirre, *Historia de Chile*, Santiago, Ed. Zig-Zag, 1964, 691 pp. 168, 192, 222. Eyzaguirre fue editor de una de las versiones del original libro de Benjamín Vicuña Mackenna.

de Ibarra, pero también, cuando al poco tiempo fue nombrado Fiscal en Lima. Era una época —como muchas— donde los pecados privados, más que sucesos de la puerta para dentro, se convertían en acontecimientos públicos que revelaban más la trama del poder que los pliegues del alma.

El comportamiento licencioso del poderoso Fiscal viene a cuento, no sólo por su similitud en el escándalo sino por el entronque que su biografía tuvo con la de nuestro personaje. Blas de Torres Altamirano se casó con Agueda Mauricia de los Ríos Lisperguer, hija de Gonzalo de los Ríos Encío (el Mozo) y Catalina Flores Lisperguer, y hermana entera de Catalina, nuestra Quintrala. Por el casorio, Blas obtuvo una dote fabulosa: \$50.000 de los que 30.000 recibió en efectivo y el resto en una cargamento de charque, cordobanes y sebos. La pomposa boda no le acarreó al marido mayores complicaciones, pues se hizo por poder, en casa de la abuela el 16 de octubre de 1616, ante el propio Obispo, con otro mitrado de padrino, un oidor de representante del novio y todo lo imaginable de Santiago reunido, salvo Blas...

Así siguió la vida de Torres, entre escándalos, conflictos y cargos públicos del más alto nivel, hasta oidor de la Audiencia Metropolitana.<sup>22</sup> Fue uno de los firmes apoyos de los intereses de su cuñada, actriz de escándalos como los del lejano pariente político, mientras ella alimentó la imaginación y la literatura, él apenas adjetiva la erudición de algún historiador.

Las referencias a intentos de ficciones literarias en la Quintrala vienen desde el siglo pasado. Pero fue con el libro de Magdalena Petit y los de Raúl Montenegro Lillo, Mercedes Valdivieso y otros, que el tema se ha hecho prácticamente un género, expresando una polifonía.<sup>23</sup> En ese discurso, el personaje se ha ido explícitamente independizando; hasta de la censura subliminal, se ha abierto paso una voz femenina de autoafirmación.

## LA MUJER REINSTALADA EN EL DISCURSO

Dejaremos de lado por ahora la novela de Raúl Montenegro, que no abandona el tono histórico y mantiene la condena que inaugurara la historio-

---

22 Manuel Moreyra y Paz Soldán, *Estudios históricos*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1994, pp. 107-136, tomo II: "Biografías de Oidores del siglo XVII, y otros estudios". Una literatura histórica de cuño muy diferente al de las tradiciones de Díaz Meza.

23 De la literatura referida a Catalina de los Ríos, no he podido consultar una novela reciente, ganadora de un premio latinoamericano de literatura: Lautaro Yankas, *Doña Catalina. Un reino para la Quintrala.*, Santiago, Orbe, 1972; Miriam Balboa Echeverría, *Doña Catalina*, obra de teatro en dos actos, Buenos Aires, Feminaria Editora, 1996, p. 62, señala que su obra se inscribe entre las que añadieron popularmente la naturaleza hechicera del personaje.

grafía: “Catalina... culminación del crimen y del horror, síntesis de cuanto ya habían hecho sus antepasados, sus fechorías fueron tal exponente de crueldad y espanto como no se conoce nada parecido en la historia.”<sup>24</sup>

Dos novelas sobre el personaje han sido escritas por mujeres. Magdalena Petit (1903-1968), autora de *La Quintrala* en 1930, la primera hecha por una mujer, logra independizar a Catalina del discurso historiográfico. La otra, Mercedes Valdivieso (1926-1993), da una perspectiva feminista a su novela *Maldita yo entre las mujeres* de 1991.<sup>25</sup>

En un estudio crítico se analizan estas novelas.<sup>26</sup> Su autor, J. Massone, destaca en su presentación del personaje las características de “india ingobernable” a la vez que “encomendera despiadada”, desafiando el ser humano y el celestial, origen del entusiasmo novelesco del personaje.

El episodio del Señor de Mayo o Cristo de la Agonía no tiene sustento histórico —señala Massone—; parece que fue difícil que la imagen estuviera en casa de Catalina, pero la sentencia que supuestamente pronunciara: “no quiero en mi casa ningún hombre que me ponga mala cara”, ha pasado a la historia, en manifiesto discurso femenino desafiante, no sólo la “insubmisión de su carácter”, que ya era parte del atractivo “nacional” de su figura. Pero la condición femenina de la Quintrala “incentivó una mayor censura por parte de los tiempos”.

El aspecto físico es importante para definir a Catalina: sus ojos verdes, su cabellera clara, un aspecto embrujador, ideal para una bruja.<sup>27</sup> A la tradición de sucesivas brujas, se suma una sirvienta que la introduce en la demonología (parte central de la serie de televisión). Por eso es que Joaquín Edwards Bello, cronista que por más de cincuenta años escribiera creando una visión de Chile, se detiene en su fisonomía, en lo que la hacía atractiva. Afirmaba que no fue “bonita”, pero representa a la chilena. Fijaba su atención en una película que fue adoptada por la imaginación popular y que la hizo una creación popular chilena.<sup>28</sup> Lo que, añadiríamos, se reafirma en la estética de la presentación del personaje en la más lograda serie de televisión.

La Quintrala —continúa la crítica de Massone— representa una “simultaneidad” de tradiciones u “repertorios de culturas que pugnaban por im-

---

24 Montenegro, *La Quintrala*, *op. cit.*, p. 8.

25 Magdalena Petit, *La Quintrala*, Santiago, Zig-Zag, 1994, p. 159, (10 edición 1932); Mercedes Valdivieso, *Maldita yo entre las mujeres*, Santiago, Planeta, 1991, 143 pp.

26 Juan Antonio Massone, “La Quintrala, protagonista vigilada”, en *Revista de Humanidades*, 2, Santiago, Universidad Nacional Andrés Bello, 1994, pp. 115-131.

27 Balboa, *op. cit.*, recalca que fue M. Petit quien retrató físicamente a la Quintrala con ojos verdes y cabellera roja brillante.

28 Edwards Bello, *La Quintrala...*, *op. cit.*

ponerse o sobrevivir en el claroscuro colonial en tanto diseñábase una indecisa fisonomía criolla”, como hemos venido señalando. Pero había más, otra cara de esa sociedad que el comportamiento de Catalina retrata. Los enredos de alcoba y los escándalos estuvieron presentes en esa trama de búsqueda de botines sociales y económicos, como hemos visto. La mejor parte de este texto habla del mundo social estrecho y jerárquico donde las transgresiones fueron permanentes para buscar “satisfacciones en lo sexual, lo económico y la respetabilidad social que escabullesen normas y controles, al tiempo que comba-tieran el tedio pueblerino y la inseguridad que dimanaba de la guerra de Arauco”. Ésta es la parte complementaria en el siglo XVII al surgimiento del criollismo.

Sobre la novela de Petit, basada, todavía, en las obras de los historiadores: Vicuña Mackenna (infaltable y básico), Maturana, Medina y Amunátegui logra independizar el personaje de los documentos y hacerlo libre, literario. A ella se debe el desarrollo de la relación estrecha que tuvo la Quintrala con el agustino fray Pedro Figueroa. Esta trama está asociada a su uso de la hechicería para atraerlo, a la vez que con situaciones límite como cuando se entera de la aventura o romance que el fraile habría tenido con su madre.

Como señala M. Balboa, ya Petit había logrado poner junto a las crueldades de la Quintrala, un aura de belleza fatal que seducía; aunque esa seducción seguía atada a la hechicería. Massone sostiene, además, que, al entrar en la narración novelesca, M. Petit retrata el alma de Catalina, las luchas internas que vivió, las posibilidades redentoras que tenía. No se quedó en la censura y el espanto que acompañaron las plumas masculinas desde la del propio obispo Salcedo, pasando por Vicuña Mackenna hasta los sucesores más recientes.

Proponiendo una visión del personaje desde la marginalidad femenina, Valdivieso ofrece, por fin, una nueva mirada para un personaje que hacía tiempo era parte de la cultura popular. Catalina, consciente de su papel de afirmación femenina y de su linaje, es maldita porque sólo a través del mal logrará trascender y ser recordada. De ese discurso literario, de vocación feminista, se abre paso una corriente que restituye al personaje, a la mujer, en el texto y, por tanto, en la historia.

Una obra de teatro, que lleva una introducción muy interesante, se centra en la Quintrala como “sujeto subversivo de la imaginación colonial”. De manera consciente, lleva al extremo de la imaginación histórica con la que se informan los comportamientos cotidianos.<sup>29</sup> Es una saga moderna de las

---

29 “En este texto de teatro no pretendo repetir los hechos históricos narrados ya oficialmente: quiero dar una manifestación física de las imágenes evocadas desde la memoria y la fantasía, quiero expresar los deseos y quizá las intenciones de un pasado colonial desde un sueño. Quiero escuchar las voces del sueño, como conversan entre sí

primeras novelas y obras de representación, las que crearon un personaje literario de una evocación histórica. Lo crearon y lo condenaron como mujer transgresora. Pero, a la vez, lo dotaron de una capacidad contestaria que le vino desde la fuerza de la verdad histórica misma, desde la existencia carnal de Catalina de los Ríos, mujer de sociedad criolla de un nuevo reino andino marginal. Mientras las representaciones primeras no postularon su vocación de “inventar”, las últimas no ocultan su vocación de conferir al personaje representado “una voz no endemoniada sino siempre vacilante entre signo cruel y llamada de alegría, reflejando un existir más allá de su realidad, entre las calles de Santiago y su propia fantasía, tejiendo historias y crueldades obsesivas y siempre deseando, siempre oscilando entre la muerte y la historia como su propio pueblo...”<sup>30</sup>

La autora busca reponer la voz de la mujer, oculta en el discurso de la historia que la sanciona, en manifiesto triunfo del “deseo de lo imaginario” frente a lo real (combate de todos los discursos historiográficos según H. White). Sus pecados eran pecados sociales, asesinos eran los encomenderos varones, pero de ellos no salieron novelas electrizantes.

Todavía hoy, y seguramente en el siglo XXI, Catalina seguirá riendo y cabalgando en la pradera de la memoria, de la identidad y los mecanismos de las relaciones de género en su pueblo.

---

cuando nadie las oye”. Señala al empezar su trabajo. Miriam Balboa Echeverría, *Doña Catalina... op. cit.*

30 *Op. cit.*, IX-X.